

# Contra la tolerancia gazmoña

*Fernando Alcázar de Velasco*

**H**ay varias clases de orejas. También hay varias clases de periódicos, de pulgones, de números, de amabilidad, de agujeros en los bolsillos, de monedas... y de todo. Y como hay varias clases de todo, es un perogrullo decir que las hay también de tolerancia. Así pues, cabe sospechar, inicialmente al menos, que pudiera haber, entre las varias clases de tolerancia, alguna tolerancia mala. Y como hay varias clases de todo, es también otro perogrullo decir que hay varias clases de mala tolerancia.

En rigor y como con la verdad, que sólo puede haber una, sólo puede haber una clase de tolerancia buena, de lo que se sigue que todas las tolerancias que son distintas a la buena son, por oposición, tolerancias malas. Lo mismo también que, como en el caso de la verdad, todo lo diferente de ella es mentira. Porque o es buena o no lo es. Continuemos: y si existe más de una mala tolerancia, de ello se sigue que existe también más de una intolerancia buena. De hecho, y por oposición también, cuantas más tolerancias malas haya, tantas más intolerancias buenas habrá.

Es más: cualquier tipo de mala tolerancia debería despertar nuestra más ferviente intolerancia, ya que la correcta goza de un merecido prestigio y con razón: hay, ciertamente, unas muy sanas

tolerancias, de las que yo había oído hablar siempre, referidas al daño que emana del error inocente, o la tolerancia con los niños, con los ancianos, con los que no dan más de sí en lo que sea, porque estas tolerancias se encuadran en el marco de otras virtudes como son la comprensión, la paciencia y la ternura.

Pero saliendo de esto y de alguna otra razonable condescendencia con los defectos del prójimo, puede que sean innumerables los casos de tolerancia indebida y sería un largo trabajo catalogarlas todas. Así que vamos aquí a considerar un par de ellas bastante llamativas.

La primera es esa que se refiere a (como dicen de la caridad bien entendida) la tolerancia que empieza con uno mismo. La tolerancia que empieza con uno mismo suele no ser de las mejores, porque el grueso de nuestra inclinación está informado por un instinto cuya orientación global no suele coincidir precisamente con la recta moral.

Veamos un ejemplo de tolerancia indebida: el de aquel individuo (que llamaremos Don Especulador) y que, como enseñaba Rousseau, era bueno por naturaleza, bondad de donde emanaba tal vez la tolerancia para consigo mismo. La sociedad, a fuerza de luchar contra su natural tendencia, le hizo malo y por

eso le hizo también, necesariamente, tolerante consigo mismo. La sociedad que le hizo malo no le impidió conservar algo del amor recibido de la madre que lo parió, lo cual le permitía ser tolerante, en especial con sus propias obras. Así que cuando en aquella ocasión mandó sabotear y hundir un barco para cobrar el seguro, Don Especulador dijo al Socio, dándole la espalda porque miraba a lo lejos por el gran ventanal de su despacho:

—Al fin y al cabo aquellos marinos tenían que morir un día u otro. De nada serviría esperar a que lo hicieran sin pena ni gloria algún tiempo después. De esta manera su muerte ha sido útil porque gracias a ella se van a generar algunos puestos de trabajo. Si se les hubiera consultado, quizá habrían dicho que no estaban de acuerdo, que esto y que lo de más allá y que si patatín y que si patatán y por eso es conveniente que alguien haya decidido por ellos en orden a dar un sentido a sus vidas.

—Desde luego —toleraría el Socio, que era el sujeto del consigo mismo de aquel sujeto—. Además puede salir de esto un beneficio marginal.

Y pasaron a hablar de otros asuntos.

Esto de Don Especulador fue así en sus primeros tiempos, allá cuando se iniciaba en este proce-

loso ambiente del atesoramiento abundante. Hoy día, gracias a una consumada experiencia ha conseguido saltarse el esfuerzo de una tolerancia razonada y ejerce que da gloria dentro de un mecanismo tolerante automático. De esa forma la tolerancia para consigo mismo se ha perfeccionado hasta el punto de que incluso es fuente de inspiración para nuevas actividades y hazañas.

El segundo caso de tolerancia indebida es el de la tolerancia gazmoña. Mientras se hace pica-dillo el término «caridad» (que ése sí que tiene lo suyo), se prestigia hasta lo idolátrico el término tolerancia, cosa que tiene su explicación dentro de unos mecanismos que se dirigen a configurar una sociedad en la que todo esté permitido. La honrada intransigencia ante el mal y ante lo malo queda desbancada porque se lleva la tolerancia hasta una idea de suma del bien sentir hacia el prójimo. Y nos parece que no debe ser así. Es una situación que el mal pretende para campar por sus respetos, para

que nadie se le ponga al paso y para poder ejercer impunemente.

Estos mecanismos han elevado la tolerancia a categoría de sumo bien ético, hasta el punto de que ser calificado de intolerante es sinónimo de cavernario. ¡Cuántos padres enmudecen ante hijos que se les van a la mierda por miedo a ser llamados intolerantes!

Porque una cosa es perdonar y otra, mala ciertamente, transigir con el mal, que a esto se le ha llamado siempre encubrimiento, coautoría, corresponsabilidad, contubernio, etc. Una cosa es perdonar (una y mil veces) y otras comulgar con ruedas de molino, tragar carros y carretas, hacer la vista gorda y taponar los oídos ante los ruidos que hacen las víctimas de los tolerantes-consigo-mismo. La impasibilidad ante el desafuero y el entuerto está bien lejos de corregir al que yerra, que es un noble mandamiento. Para el tolerante gazmoño es tan respetable una conducta tanto cuando es recta como cuando es torcida o francamente inmoral.

La tolerancia se convierte así en arma de los que desean ver aceptada universalmente su aberrante conciencia, que legítima todo atropello y sirve de parapeto a la mentira y en tal sentido, la tolerancia, contra todo lo que pudiera parecer a primera vista, a vista superficial, es diametralmente opuesta a la justicia, que tiene su mejor aliada en la intolerancia para poner diques al mal y desenmascarar los malos actos.

La historia se hace con actos de intolerancia. La inercia de un mundo catatónico, por efecto (entre otras cosas, claro está) de la mucha tolerancia indebida, sólo se rompe con algún gesto intolerante de alguien que dice: «¡Hasta aquí hemos llegado!» Ese alguien deja de tolerar y entonces *pasan* cosas. O eso o el diluvio, que también es otro gesto del «hasta aquí hemos llegado».

Mientras tanto, con los tolera que te tolera, no hay historia de grandes vuelos sino el pestífero y maloliente aire que estamos vi-  
viendo. **A**